

Arturo Úslar Pietri

Dra. Astrid Avendaño

No es tarea fácil conversar con ustedes sobre Arturo Úslar Pietri en un año como éste en el que mucho es lo que se ha dicho y se dirá, se ha escrito y se escribirá, y desde varias perspectivas, sobre las diversas facetas de su producción literaria e intelectual, sobre su actuación pública. Pero lo que sí deseo dejar claro es que no estoy aquí para “sacar a Úslar en procesión”, como diría un respetado amigo. Sería un magro servicio el que le haría a su trabajo. Estoy simplemente para tratar de contribuir a la comprensión de un pensamiento político inmerso en un legado tan diverso. Y utilizo la palabra comprensión en su sentido etimológico primigenio, la de unir, la de ligar, la de buscar el lazo que une una aparente diversidad.

En Úslar la diversidad se hace obvia puesto que como ustedes bien saben hubo “varios Úslar en uno”. Y no es que Úslar sea un caso excepcional en el mundo de las letras hispanoamericanas –antes que él, coetáneo a él y después de él ha habido escritores que no se restringieron, o se han restringido, al mundo de la creación literaria, sino que han participado, han opinado, en los asuntos de la *polis*. En ese sentido Úslar se inserta en una tradición en el mundo de las letras no sólo hispanoamericanas, aunque quién sabe en nuestro continente –dada nuestras realidades– le sea al creador más difícil escapar a la tentación de participar en el debate público. Úslar mismo da cuenta de ello en una serie de escritos, entre 1949 y 1951, sobre la relación Literatura y Política en las letras hispanoamericanas, cuando reflexionando sobre Sarmiento, dice:

“No hay literatura más determinada por la política que la hispanoamericana. (...) casi no se ha movido una pluma en nuestra América que no haya sido con una intención política”¹.

Pero antes de entrar en el aspecto político de su legado, lo primero que cabría preguntarse es quién era ese hombre que además de su continua presencia en el debate público dejó un tan diverso legado. Con esta interrogante, lejos está la pretensión de develar la suerte de misterio que encierra todo ser humano. Simplemente pretendo señalar pistas que permitan aproximarse a la obra sin olvidar al hombre que la hizo sin por ello pretender que una obra no pueda ser reflexionada en autonomía. Pero cuando uno cuando indaga cómo analizó Úslar a Venezuela, qué aspiró para ella, qué le propuso, y cuáles fueron los orígenes de su visión, de su actuación, casi que inevitablemente, por lo menos en mi caso, uno indaga también al hombre.

En este sentido lo primero que habría que decir es algo obvio pero que tampoco es vano señalar: fue un hombre inteligente y de una excepcional cultura. Y cuando obvio la anteposición de un adjetivo calificativo a inteligente y no a cultura, lo hago expresamente puesto que nacer inteligente es un afortunado azar de la naturaleza mas no así el hacerse de un sólido bagaje cultural. Y eso es lo que me interesa destacar. Sí fue un hombre de excepción pero lo fue no sólo porque la naturaleza le fue generosa, lo fue porque no

¹ Arturo Úslar Pietri, “Literatura y política”, *El Nacional*, Caracas, 6 de mayo de 1950, p.4

desperdició esa oportunidad. Úslar no se quedó en la fase de eso que en nuestro lenguaje coloquial llamamos “alguien con potencial” para referirnos a alguien que percibimos inteligente, capaz, alguien que puede aportar, que puede jugar un papel. Pero que tantas veces al cabo de los años pensamos que no logró dar los frutos que prometía. Fue un hombre que construyó su excepcional cultura y la diversidad de su legado con trabajo cotidiano, con perseverancia, a fuerza de exigencia consigo mismo, de una férrea –y aquí sí cabe el adjetivo– disciplina y organización. Fue hombre racional, de profundo sentido común, de la medida, del sentido de los límites. Y si hago estas observaciones es porque considero que puedan dar pistas para la comprensión de sus observaciones críticas a algunas de las características de la mentalidad del venezolano. Así como también para comprender esa suerte de encuentro–desencuentro con el Otro, para quien habló y escribió, que parece haber caracterizado su actuación pública. Porque vamos a ser sinceros, a Úslar siempre se le reconoció, se le “admiró”, como hombre de cultura, pero ¿es que su constante presencia en la vida pública como el eterno vigía de la nación, fue siempre comprendida o bien recibida? ¿Sobre todo por aquellos a quienes básicamente dirigía sus críticas, sus advertencias? Es decir, ¿a las élites dirigentes que eran quienes estaban en posición de enmendar rumbos? Tengo mis serias dudas.

En Úslar no sólo se dio sino que se mantuvo a la largo de su vida una suerte de convivencia y de tensión entre polaridades. Aquella de caminos de la intuición, del *mythos*, propicia al uso del lenguaje de la imaginación, y por otra, aquella en que priva el *logos*, propicia al uso del lenguaje al servicio del razonamiento. No es el azar que en Úslar tanto las formas de expresión como las temáticas a través de la cuales se dirige al Otro, es decir, para quien escribe o para quien habla, se sustituyan en importancia unas a otras a lo largo de su vida, de su producción escrita y de actuación en la vida pública. Me explico, cuando se analiza su presencia en la prensa se observa que cuando la literatura predomina, la política, la historia, la economía, entre otras, son temáticas que se desdibujan ante el peso de la creación literaria. Y cuando esas temáticas prevalecen, la creación literaria pierde importancia.

Ahora bien, si esa dualidad, esa tensión, pudo presentarse en esa forma que vengo de explicar, lo que es importante es que se retroalimentaron. Me atrevería a decir que el Úslar del *logos*, el Úslar “de la razón”, por la llamarlo de alguna manera, se nutrió grandemente de su otra polaridad. Creo que fue su condición de creador, de esa capacidad que tienen ciertos creadores de ver más allá de lo aparente, de intuir, e incluso hasta cierto punto de anticipar tendencias, lo que le permitió hacer las conexiones que hizo, más allá del análisis concienzudo y “racional” de las cifras, con respecto al papel distorsionador del petróleo en todos los ámbitos de la vida venezolana. Del petróleo como actor político central de nuestro sistema político. Lo que le permitió también sintetizar en frases resonantes mas no vacuas – “Sembrar el petróleo”, “Educar para Venezuela”, “La Venezuela Posible”, etc.– aspectos de su pensamiento. Pero al mismo tiempo, quién sabe esa capacidad de sintetizar literariamente sus propuestas, sus advertencias, su pensamiento, haya contribuido a que otros – quedándose en sólo la superficie – las hayan despojado de su contenido.

Por otra parte, no habría que dejar de señalar que esa dualidad en ciertas ocasiones también generó contradicciones. Así por ejemplo, en el plano literario reivindica lo que como actor político considera de necesaria transformación. En su ensayo *La conseja popular*

*venezolana*², analiza la psicología que esconden los relatos populares para reivindicar esa fuente popular para la creación literaria, sin embargo en sus escritos políticos considera ciertas esas características como zapadoras del proceso de modernización en que se adentraba la sociedad venezolana del momento. Posiblemente el lazo de unión entre ambas posiciones sea que tanto como político como escritor apela a la búsqueda de formas que correspondan a una realidad propia.

Úslar fue primigeniamente un escritor e intelectual que participa activamente en la vida de la *polis* por la forma en que concibe el papel del creador, aún cuando no habría que olvidar que la política obedece a sus propias reglas. Él mismo señala las oscilaciones en las que cree se mueve el hombre: “la que viene de la claridad, de la consciencia, del silogismo, de la matemática y de la lógica, y la que brota turbia y rica de la penumbra, de la inconsciencia, de la intuición, del sentimiento, de la magia, de la poesía”³. En ese sentido, el Úslar intelectual y político proviene de la claridad, aunque en una entrevista encontré la siguiente afirmación suya: “...En el fondo la literatura y la economía responden al mismo interés: el interés humano. Es un querer enterarse del hombre. La necesidad de acercarse a la historia. La literatura, lo mismo que la economía y la política no son sino maneras de aprender expresarse. (...) Lo que importa no es ser escritor, político, economista o pintor. Lo que importa es ser hombre (...). El paso de la reflexión a la acción depende de las circunstancias. Renunciar a una circunstancia, encerrarse en una sola actividad, es mutilarse”⁴. A lo mejor pudo ser su rechazo a encasillarse en una sola actividad una de las razones del desencuentro entre el Úslar político y la sociedad. En el momento de su actuación política que pudo haberlo llevado a la primera magistratura, la hora era de los hombres de partido. Y por su concepción del individuo Úslar no fue un hombre de partido por vocación, lo fue cuando lo consideró bien sea necesario a la participación política, como durante el gobierno de Medina Angarita cuando fue uno de los fundadores del PDV, o bien cuando consideró que era su responsabilidad política frente a sus electores, como en 1964 cuando funda el Frente Nacional Democrático luego de las elecciones presidenciales de 1963 en las que había sido candidato independiente.

Sin embargo, desde el momento mismo en que irrumpió en la vida literaria del país dejó claro que concebía la creación como asociada al deber de cumplir una labor aunque no fuese comprendida. Eso lo afirmó en el editorial “Somos” de “válvula”, esa revista que en 1928 marcó a la literatura venezolana y de la cual Úslar fue el autor de gran parte de los escritos. Refiriéndose a la significación de la vanguardia literaria –que como bien lo señaló Octavio Paz fue una expresión de la modernización–, decía: “Nos juzgamos llamados al cumplimiento de un tremendo deber, insinuado o impuesto por nosotros mismos, el de renovar y crear (...) Trabajaremos comprendasenos o no!” Y años más tarde, en un debate sobre la condición del escritor venezolano, precisa más aún la misión del creador: “obliga a crear el sentirse enviado a despertar a los que duermen, es preciso tener la noción de tiniebla circundante para esforzarse en producir luz”⁵. Y podría seguir haciendo infinitas

² Arturo Úslar Pietri, “La conseja popular venezolana”, *Bitácora*, Caracas, N°1, marzo de 1943, pp.15–20. Publicado en **Obras Selectas y Letras y Hombres de Venezuela**, bajo el título de “Tío Tigre y Juan Bobo”

³ Arturo Úslar Pietri, “Un centenario de la claridad”, *Elite*, Sección: Caminos y Horizontes, Caracas, 28 de mayo 1937.

⁴ Arturo Úslar Pietri, “Una hora con Arturo Úslar Pietri”, *El Mes Financiero*, Caracas, agosto–setiembre 1950.

⁵ [Arturo Úslar Pietri], “Indagación de nuestros problemas”, *El Universal*, Caracas, 15 de junio de 1935

referencias que apuntan a lo mismo. Baste referirse, para efectos de demostración de la continuidad en esto, al título de la sección periodística que mantuvo durante medio siglo, “Pizarrón”, o el símbolo utilizado durante su campaña electoral, la campana. Úslar asoció a la noción de capacidad y conocimiento la de deber y responsabilidad de participar en la vida de la *polis*. Quién sabe sea esta concepción discutible para otros, creadores o no, pero en Úslar fue medular. Y esto es clave para la comprensión de su pensamiento político, específicamente de su posición antipopulista. Tuvo una concepción del ciudadano como partícipe activo – consciente de que la contrapartida de los derechos son los deberes– en el destino de la nación cualesquiera fuese su posición social, pero más aún aquellos en situación de privilegio. De sus escritos políticos uno puede deducir una suerte de ecuación: a mayor privilegio mayor responsabilidad.

En ese sentido, si existe una frase que recoge, a mi juicio, certeramente su labor, la forma como comprendió y asumió su condición de intelectual, y su relación con Venezuela, quién sabe sea la utilizada por Jorge Marbán para titular su excelente libro “La vigilia del vigía”. Y aquí vale la pena recordar las definiciones que nos da el Diccionario de la Real Academia de la Lengua. De “vigilia” nos dice: “acción de estar despierto o en vela”, “trabajo intelectual que especialmente se ejecuta de noche”. Y en cuanto a “vigía” nos dice: “dar aviso de lo que se descubre”, “acción de vigilar o cuidado de descubrir a larga distancia un objeto”.

Venezuela fue el centro en torno al cual giró gran parte de su labor intelectual: su historia, su economía, su sociedad, la mentalidad, su literatura, casi todo fue objeto de su análisis. Pero ese centro no obedeció a una postura nombrilista, ahí está el resto de su obra para confirmarlo, sino, pienso, a la necesidad de comprender para fundamentar la acción. En ese sentido, considero que su actuación política reposa sobre su “pensar la historia de Venezuela”.

Empecemos entonces por tratar de señalar, sucintamente, en qué línea de concepción de la historia se ubicó, cuál fue su visión de la historia del país y qué contribuyó a la formación de ella. Lo primero que habría que decir es que Úslar fue deudor de su tiempo en cuanto a la concepción de la historia: aquella que desde la Ilustración hasta el marxismo, pasando por el positivismo, concibe la historia como una larga marcha hacia el progreso o en el caso del marxismo en un proyecto global de emancipación del hombre. En cuanto a su reflexión de la historia del país, es evidente que fue deudor de los análisis hechos por la primera corriente que pretendió una lectura científica de la historia nacional, el positivismo y en especial de la obra de Vallenilla Lanz tanto en lo que se refiere al desfase, divergencia, entre las posiciones doctrinarias de la dirigencia y la realidad del país así como en la interpretación de la guerra de emancipación como una guerra civil. Pero al mismo tiempo fue deudor del contexto intelectual de su época, en la importancia de primer orden que le dio al factor económico tanto en la reflexión crítica que hizo de la historia nacional como, y por sobre todo, en sus análisis para la acción política.

Pero como en toda conformación de una visión confluyeron diversos factores. Ya hemos hecho mención sucinta a las corrientes de pensamiento, pero no hay que olvidar la época en que nace, así como el universo de lecturas, sus años parisinos o los del exilio en Estados Unidos, los viajes que realizó, los intercambios intelectuales que tuvo. Pero voy a restringirme al contexto epocal y familiar. Y lo primero que habría que tener en cuenta es

que nació a sólo tres años de haber sido derrotada la última de las revoluciones caudillistas luego de casi un siglo de conflictos bélicos, de violencia. Y nace en una Venezuela desangrada, exhausta y arruinada por ese siglo de violencia. Y esto creo que es clave en la formación de un pensamiento. Que nació en el seno de una familia cuyos antecesores inmediatos habían tenido una activa participación en la vida política lo cual pudo haber incidido en la formación de una aspiración a participar en la vida pública. Así como le permitió, y esto no es especulación, conocer la historia política del país “por dentro” a través de los relatos familiares. Le permitió conocer historias, y en algunos casos conocer los actores políticos de las distintas contiendas, poniéndole “nombre y apellido”, conociendo sus móviles, sus ambiciones, los aspectos sombríos y los luminosos. Y ese tipo de aprendizaje lo continuó durante el “gomecismo” ya que siendo su padre funcionario del régimen, vive en la ciudad centro de poder del momento, Maracay. Y por último que los primeros 29 años de su vida transcurren durante la primera etapa de “los andinos en el poder”, iniciada por el Cipriano Castro (1899–1908) y culminada por Juan Vicente Gómez (1908–1935).

Como he señalado, la obra de Laureano Vallenilla Lanz tuvo particular influencia y pienso que ello se refleja en el escrito en el cual deja impresa, por primera vez, su visión de la historia del país y específicamente del nacimiento de la nación. Me refiero por supuesto a *Las Lanzas Coloradas*. En una lectura histórica de la obra uno puede encontrar lo que he llamado “los pecados originales” de ese nacimiento. Se los expongo brevemente. El primero de ellos, y quién sabe el medular, se refiere a la violencia social, a la guerra intestina entre sus miembros más que una guerra independentista; el segundo, al desfase entre el modelo político propuesto y la realidad social, es decir, la adopción sin discernimiento de doctrinas que corresponden a otras realidades históricas; el tercero, a la violencia como medio de cambio de un orden establecido, lo cual tuvo consecuencias el desvirtuar la legitimidad del nuevo orden y la fragilidad e inestabilidad de esa legitimidad. Y el cuarto, el abrupto paso de una sociedad cerrada a una abierta lo cual produjo un desplazamiento del proceso evolutivo que propició la conexión simbólica de diversos sectores sociales con la idea de un hombre fuerte que encarne sus aspiraciones. En otras palabras, los hombres sobre las instituciones.

El centro de su reflexión histórico-política fue la historia republicana, específicamente desde la segunda mitad del siglo XIX. Y asumió, y siempre mantuvo, una actitud crítica ante ella. La pensó como una cadena de desaciertos generados por el constante desfase entre los planteamientos ideológicos –o doctrinarios en palabras de la época– y la realidad económica, social, cultural y política. Y ese divorcio lo analizó como la causa-efecto de la violencia político-social que la había caracterizado. Para Úslar buena parte de la dirigencia del siglo XIX, creyó que “la felicidad del país dependía del mágico efecto de una institución o de unos principios proclamados” y no del “lento y continuo esfuerzo” que requería la construcción material y cultural de la nación. En ese sentido la Guerra Federal fue para él la máxima expresión de un proceso de descomposición sociopolítico por la contradicción entre el orden proclamado y el orden real. Por la vía de la analogía describió ese desfase como: “como una junta de médicos que a la cabecera de un moribundo se pusiera a debatir sobre la validez de la homeopatía o de la psiquiatría mientras aquél agoniza sin auxilio”. Una contienda que borró hasta la raíz lo que pudo haber quedado del tiempo colonial y de la cual surgió que

hombres no capacitados “ocuparon el sitio que hubiera debido corresponder a un Fermín Toro o aun Cecilio Acosta”.⁶

Pensó la historia republicana en términos de una suerte de movimiento pendular que sintetizó en una frase cargada de contenido: Del hacer y deshacer de Venezuela. El siglo XIX había sido el del “deshacer” de Venezuela. Luego de la guerra de independencia, la dirigencia falló en tener una visión y cumplir con lo que consideró hubiese sido la tarea fundamental de ese momento histórico: la construcción material y cultural de la nación. Esa fue la imagen que el espejo de la historia le enviaba y ello permeó sus análisis y actuación en las diversas etapas de su prolongada vida pública pues veía elementos en su tiempo que lo conducían a pensar que la dirigencia política continuaba careciendo de visión de largo plazo. El verdadero “hacer” –es decir, el de la construcción de la nación con visión de largo plazo–, requería para él una condición previa: el que la clase dirigente y la sociedad tuviesen un amplio conocimiento del pasado nacional, no sólo circunscrito a un momento heroico, y por sobre todo una actitud crítica frente a ese pasado.

La historia como reveladora de las tendencias de la historia nacional y los elementos de la mentalidad que habían zapado la construcción de una nación sentada sobre bases sólidas. La historia como reflexión, es decir, de dónde venimos, con qué medios contamos –y esto es capital para poder fijar objetivos–, el para dónde vamos como nación, independientemente de las circunstancias de un gobierno. La historia como reflexión de nuestra responsabilidad tanto individual como colectiva en los fracasos de la nación. No era asunto de buscar responsables externos, era asunto de “vernors”, de “comprendernos”. Repito, la historia como reflexión crítica y no como vacuo regodeo de la memoria heroica.

Tal vez una cita de su amigo y compañero de visiones sobre nuestra América, Miguel Ángel Asturias, y una de Úslar mismo me ahorren más palabras en cuanto a este punto. Decía Asturias comparando la América sajona y la América hispana: “A los avances tecnológicos de Norteamérica, respondemos con discursos conmovedores”, olvidando realizar las tareas concretas que permitan otra relación de fuerzas, para concluir diciendo “Antiimperialismo a base de discursos es tiempo perdido”.⁷ O como escribiera el propio Úslar en 1937 con motivo de la celebración del día de las Américas mientras el país del Norte construía materialmente su país, “...nosotros andábamos (...) engolfados en disputas bizantinas o premiando odas al poder de la idea, en tanto que la nación iba cayendo en ruinas”.⁸

Por último, cabe decir que dada la cantidad de escritos que le dedicó a la reflexión sobre la violencia en distintas etapas, directa o indirectamente, hace pensar que para él esa violencia político-social era un enemigo en constante acecho. En uno de sus escritos de 1949, decía sobre la situación política del momento: “Quien no esté de un todo conmigo es mi enemigo y al enemigo con el palo, parece ser la feroz concepción política que ha asomado en algún comentario que he leído en la prensa” y añade: “Es el retoñar de un viejo mal de nuestra vida pública”. Y consideraba que ese “espíritu de secta” había sido “uno de los más activos

⁶ Arturo Úslar Pietri, “Meditación sobre el Sesquicentenario”, en **Del hacer y deshacer de Venezuela**, Caracas, Publicaciones del Ateneo, 1962.

⁷ Miguel Ángel Asturias, “El yelmo de Mambrino”, *El Imparcial*, 12 enero 1929. En: Amos Segala (coord.) Miguel Ángel Asturias. París 1924–1933. Periodismo y creación literaria. París, Colección ALLC, Archivos, 1988, T.I, p.152.

⁸ Arturo Úslar Pietri, “Conmemoración del día de las Américas”, *El Universal*, Caracas, 15 abril 1937, pp.1;7

agentes de la inestabilidad de nuestras instituciones”⁹. Ante esa eterna repetición del mismo tipo de errores que observaba en nuestra historia –independientemente de las particularidades de cada momento histórico– pensó que el medio para “hacer un país estable y una república vivible” era una política que se fundamentase en “sumar coincidencias” en las “cuestiones vitales y básicas” para la nación y no en “acentuar divergencias”¹⁰.

De allí que la respuesta política a las exigencias del “aquí y ahora”, las ubicó en el contexto de la larga duración de la nación. En concreto, su propuesta política descansó sobre un continuo balance pasado (historia) –presente (economía), que al ser constantemente deficitario hizo que considerase la educación el medio por excelencia para lograr los cambios reales, es decir los del largo plazo.

En otras palabras, su interpretación de la historia nacional y la realidad política en la que le tocó actuar incidió en que comprendiera la acción política como una basada en la concertación entre los diferentes actores políticos, sociales y económicos. Al tiempo que su pensamiento se nutrió de una idea de la historia que privilegiaba el cambio gradual en oposición al cambio radical. En ese sentido, el pensamiento político uslariano se ubicó en la corriente del pensamiento político liberal en que lo que define a la democracia es la tolerancia ideológica, el respeto a la libertad de expresión y los derechos ciudadanos y no sólo, y esencialmente, al ejercicio del sufragio.

En concreto, la propuesta política uslariana se asentaba en un trípode: historia, economía y educación.

Uslar le otorgó una importancia capital a la economía, la concibió como la “base real” del proceso de construcción de la nación. Mucho ha sido lo que se ha dicho y escrito, y por mucho lo habrán ustedes escuchado y leído, sobre “Sembrar el petróleo”, por lo tanto no voy a extenderme en ello. Lo que sí quisiera precisar, puesto que a esa frase le han dado varios contenidos, según quien la haya utilizado, es cuál fue la concepción que tuvo Úslar de los ingresos fiscales petroleros. Los concibió como capital y no como renta. Y esto es una diferencia clave con respecto a otras posiciones. Como lo han señalado Asdrúbal Baptista y Bernard Mommer en su estudio, el pensarlo como “capital” implicaba un imperativo: la inversión, la reproducción del capital y no el simple reparto.

Si en sus primeros escritos asocia esa inversión fundamentalmente a la agricultura, a partir de 1945 la asocia a las áreas susceptibles de alcanzar un nivel competitivo en los mercados internacionales. Para Úslar el pilar de la nación y de su independencia económica, lo constituía la solidez de la estructura económica puesto que permitiría que los cambios políticos, económicos o sociales que los tiempos exigiesen pudiesen producirse sin radicales enfrentamientos entre los distintos sectores. De allí que su reflexión sobre el petróleo y su violenta incidencia en la transformación, en la distorsión, de la economía, la sociedad y el sistema político venezolano adquiriese el peso que tuvo en su pensamiento y propuesta política. Dada su concepción de la historia en términos de la larga duración, concibió como

⁹ Arturo Úslar Pietri, “La divergencia política”, *El Herald*, Caracas, 11 octubre 1949, p.1

¹⁰ Idem

clave para la nación el acertado manejo de los ingresos fiscales petroleros ya que el petróleo sólo constituye una corta etapa en el largo proceso de la construcción de la nación.

Úslar fue el primero en pensar el petróleo como un actor político de primer orden por lo que insistió hasta el cansancio en la necesidad de llegar a un acuerdo nacional, por encima de ideologías y partidos, en torno a una política petrolera de largo plazo. Criticó incesantemente la política petrolera puesto que había creado una mayor dependencia de ese recurso y causado un desequilibrio social que dificultaba la estabilidad de una “democracia política” puesto que no la sustentaba una “democracia social y económica”. Por último, en su reflexión sobre la economía del país incorporó dos elementos claves: primero, la formación de un ciudadano propietario. En este sentido, una vez más su visión de la historia del país permea su propuesta económica. La imagen de desarraigo, de mentalidad de campamento, le hace pensar que era necesario “asentar” al ciudadano a través de la propiedad a fin de crearle una noción de riqueza asociada a una labor progresiva y sostenida y no de un maná. Y el segundo elemento, la responsabilidad de todos los involucrados en el proceso productivo, en especial de la dirigencia económica precisamente por su condición de élite.

A la educación le adjudicaba dos objetivos básicos. El primero, la capacitación del educando con base en las necesidades “reales” del país de manera que la educación diese un “destino económico”. El segundo, el de propiciar un cambio de mentalidad a través de la formación de un ciudadano responsable con respecto a su destino como individuo y como integrante de una nación. Y si bien estos objetivos son susceptibles de ser compartidos en general por un proyecto modernizador, la singularidad del planteamiento uslariano viene dado por el binomio objetivos modernizadores–especificidad cultural. En concreto, el para qué, a quiénes y cómo se educa, serían las preguntas–eje que guía su planteamiento. Así como el de una comprensión de la cultura como medio de propiciar un sentido de continuidad y rumbo a la nación.

Y dentro del pensamiento político uslariano es a la reflexión sobre la mentalidad a la quisiera dedicarle el tiempo que me resta, pues a todos nos concierne.

Como otros escritores latinoamericanos, ensayó pensar la historia desde una perspectiva en la que los elementos, los rasgos, de la mentalidad formasen parte esencial ya que para él, sin una identificación de ellos, sin un “verlos cara a cara”, no se podría superar la continua repetición de los mismos errores. En muchos de sus escritos señala las tendencias históricas y los elementos de la mentalidad que deberían transformarse. Que no fuese esta última un simple proceso de mimetización, es decir, de simple adopción de signos exteriores de modernidad. Sin un cambio de ciertos rasgos de la mentalidad –y aquí bien vale aclarar que se refería a todos los miembros de la sociedad venezolana– no habría posibilidad de construir una nación sólida.

De los elementos que observa en la mentalidad venezolana la irresponsabilidad ocupa un lugar preeminente. Es uno de los grandes males que observa, la gran traba para la ejecución de cualquier proyecto que, a su vez, genera otro mal, la falta de perseverancia. La maleabilidad de carácter es otro rasgo. Dice “casi todos nuestros males”, vienen de los “hombres que no quieren descontentar al poderoso, llámese Gobierno o pueblo”. En el pensamiento uslariano el problema de la asunción de responsabilidad por parte del

ciudadano frente a la sociedad es medular. De allí que piense que un objetivo fundamental de cualquier verdadera reforma educativa debe tener objetivo fundamental la formación de un ciudadano responsable. Un ciudadano dispuesto a asumir iniciativas y responsabilidades en la conducción de la sociedad puesto que otra de las facetas en que se muestra ese “gran mal”, es la costumbre que se espere que sea el Gobierno que las asuma. Dice: “En Venezuela poco o nada podremos hacer mientras subsista esta vieja y grave crisis de responsabilidad de que adolecemos (...) Queremos que todas las cosas se hagan a nuestro gusto, según nuestras ideas pero sin asumir la responsabilidad de iniciarlas y sostenerlas”.

Otra de sus observaciones refiere que somos “un pueblo más pasional que cerebral”, más “gobernados por el sentimiento que por la razón”¹¹ lo que enturbia la vida política pues genera conductas que obedecen a antipatías o simpatías personales. En el ensayo al que ya hice referencia sobre *La conseja popular venezolana* hace mención a la riqueza fácil (“La fortuna y la riqueza no proviene nunca de un trabajo esforzado, sino un hallazgo inesperado, de un don mágico o de una violenta expoliación). A la admiración por la astucia (que “nuestro pueblo comprende bajo el nombre genérico y profundo, de viveza”) la cual, para él, genera “como filosofía fundamental de la vida, la prédica de la desconfianza”. Se refiere también al pensamiento mágico. Y aquí vale la pena citar cómo Úslar traduce políticamente este aspecto cuando, al hacer referencia a las críticas hechas al Programa de Febrero de 1936, escribió que el carácter providencialista y mágico “lleva a confiar ingenuamente en un azar milagroso, en una especie de vara de virtud pueril que de la noche a la mañana transformaría el imperio de Gengis Kahn en la Confederación Suiza”¹². Y en la *Conseja* señala también, que al venezolano le importa más la igualdad que la justicia y que ésta lejos de significar la aplicación rigurosa de las leyes a todo ciudadano independientemente de su posición social, significa fundamentalmente “castigar y escarmentar al poderoso”.

En aras de privilegiar el diálogo con ustedes, concluyo invitándoles a que lean directamente la obra de Úslar, a que lo hagan críticamente, a que se formen su propio juicio. Pero también vayan a otros escritores e intelectuales que también le dedicaron horas y esfuerzo en “pensar a Venezuela”. Creo que sería el mayor reconocimiento que podríamos hacerle a esos venezolanos que tuvieron la pasión de pensar la nación. Porque, para decirlos en palabras uslarianas, podrían así ustedes asumir la responsabilidad de crearse su propio juicio.

Concluyo ahora sí, dejándoles una cita uslariana que a mí en lo personal, me sigue diciendo, moviendo mucho cada vez que la leo: “En el fondo de nuestros cesarismos, como espina dorsal, corre una infinita cadena de responsabilidades trasladadas o eludidas”.¹³

¹¹ [Arturo Úslar Pietri], “Editorial: bárbaros y utopistas”, *Ahora*, Caracas, 8 abril 1936.

¹² [Arturo Úslar Pietri], “Una jerarquía de nuestros problemas”, *Ahora*, Caracas, 28 de febrero de 1936.

¹³ [Arturo Úslar Pietri], “La crisis de la responsabilidad”, *Elite*, Caracas, 10 octubre 1936, p.32:58.